



**PECATA
MINUTA**

pedro rivera

Pedro Rivera nació en 1939. Hizo estudios secundarios en el Instituto Nacional, estudios fragmentarios en la Universidad de Rosario, Argentina; en la Universidad de Chile y en la Universidad de Panamá. Obtuvo premios en poesía y prosa en concursos intercolegiales y en la Universidad de Panamá. Perteneció al Grupo Gaspar Octavio Hernández y dirigió, por varios años, el Grupo Columna Cultural. En 1959 obtuvo una mención honorífica en el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró con el libro

LA PORTADA ES DE MARIO CALVIT

PEDRO RIVERA

PECCATA MINUTA

*EDICION DE LA DIRECCION DE CULTURA
DEL MINISTERIO DE EDUCACION*

Panamá, Junio 1970

*Premio Nacional en la Sección
Cuento del Concurso Literario
Ricardo Miró, 1969 — Panamá*

Primera edición.

A LIBIA

VELADA VELADA

Frente a la máquina de escribir la hoja vuela en blanco, picoteada apenas, detenida en el intento, en el preciso instante de la reaparición de la imagen superpuesta en el diván, en negligé, transparentándose poco a poco por encima de la piel coloquial, porosa. La miro sin evitarlo, la miro directo, la miro como debe mirarse el paso de una locomotora desde un balconcillo colonial sin prisa, en acecho, en ascuas por dentro, sólo por dentro, porque la vieja Underwood debe justificarme impresionando la hoja de papel con su tac tac espaciado, ahora remoto, lento.

Le había hablado ya sobre la máquina y ese trabajo pendiente para la clase de Historia mucho antes de que me contara como una confidencia esas cosas abominables entre un alumno y un profesor, y ahora, agazapado detrás del traqueteo de la Underwood, persisto en buscar una relación menos efímera en sus palabras, en el tono cálido de su voz cuando me habla de su viudez y su maternidad frustrada, los años que pasó en un internado de jovencitas regentado por monjas porque los padres pensaban hacer de ella una gran dama y sólo consiguieron prepararla para un matrimonio disparejo con un hombre senil.

“No, no me estorba”, le digo cuando se levanta y rastrea con los pies menudos las chinelas sobre la alfombra y hace la pregunta. Desaparece, la oigo trastear en la cocina. “Sólo agua”, le respondo y la impresión de sus movimientos empiezan a cobrar un sentido incoloro, atiborrado y, sin estar la miro, transfigurarse, dejar de ser lo que es, la profesora taimada, clásica, con la falda corrida más abajo de las rodillas, los anteojos apagando cualquier destello humano sobre un perfil casto y profesional. Eso deja de ser cuando la miro desaparecer y su espalda reverbera el haz de luz oblicua de la lámpara remolinando contrastes de sombra y contornos sin frescura,

grasosos, ruidosamente immaculados por la abstinencia. Es otra cosa por cierto.

No quiero ni puedo dejar de tocar sus dedos húmedos y fríos cuando me alarga el jai-bol; apenas localizo algunas de sus palabras cuando vuelve a platicar de sus compañeras de internado porque el negligé abierto como una cortina deja en primer plano, un close up por encima del carro de la Underwood, la mitad del muslo impecable, rollizo y esponjoso. El gesto cruel de la mano cuando lo cubre me deja la sensación del ladrón pescado infraganti.

Está parada junto a mí, inclinada sobre la textura borrosa de los tipos (se excusa por lo de la cinta desgastada) y un aroma como de guayaba madura, pútrida, me acaricia como un soporífero: olor suave, animal, apenas diluído en una esencia de jabón fenicado y colonia barata. Está inclinada sobre el texto, la tomaría en mis brazos sin tocarla, la tomaría, de veras, mordiéndola, desnudándola pedazo a pedazo a pedazo, a puntapiés, a dolor mismo, hasta hacerla sentir como yo siento toda la presión de esta prolongada manera de poseerla desde lejos con sólo mirarla y no mirarla, respiraría con fruición los aromas de hembra madura que destilan sus sobacos, lamería las plegaduras de su plexo de matrona

impúber, grasienta. A ella corresponde decidir, empujar la cosa, no dejarla a mitad del camino, carajo, sin irse por las ramas y pasársela denigrando a ese pobre homosexual, colega suyo, por hacer lo que hizo con ese alumno fracasado, y de las trenzas intrascendentes de fulanita en ese asqueroso internado a orillas del mar en donde, entre otras cosas, le enseñaron a pescar un vejestorio, una especie de resfriado varonil, de momia zopenca, de Tutankamón redivivo (como ella lo describe) incapaz de hacer estallar la maternidad cuando estaba a punto.

La luz baja del techo, retoza en la diversidad, se repliega en las cornizas pálidas, juega a la escondida bajo los muebles sedentarios, proyecta sombras y en toda la estancia trasiegan sin ruido otras presencias, fantasmas barrocos inmersos en la dimensión inmóvil de mi gesto intentando la partida falsa, esperando una palabra de su boca, sin las absurdas remembranzas, definiendo el juego, el ascenso a la etapa menos circunloquial, táctil, de entrega.

Las copias están terminadas. El tema de la plástica ha variado. Opus Treinta en La Menor, dodecafonía vegetal ahora sobre los juegos de infancia y las mordeduras de víboras. La escucho mientras la odio, a la pobre. Tam-

bién empiezo a justificarme y me digo que no valía la pena, es una maldita vieja mantecosa, un témpano. Hasta puedo sonreírme por dentro pensando en la zorra y las uvas verdes, verdes por inalcanzables, y apuro el jaibol, mastico las heces, el hielo, hasta sentir las encías congeladas.

Está conmigo en el umbral, el fin presiento, mi certeza en posición fetal percibe la recámara al fondo del corredor, en la penumbra, la cama estirada como un secreto intangible, sosegado, debajo del bostezo.

LA SORPRESA

Llegaré, siempre a la misma hora. Clara, recién levantada, oliendo a destilería, a hombre, abrirá la puerta, Su rostro ojeroso, feo, manchado de lápiz labial y costras de saliva, se dibujará en la puerta. No dice nada nunca hasta que entra al baño. No cierra la puerta para que pueda oírla: ¿Qué hiciste anoche? ¿Te gustaron los zapatos? Son Florsheim, no los vendas, no tendrás otros en mucho tiempo. En efecto, no los tengo. Los vendí, necesitaba dinero. Pero, ni loco se lo diría. Me creerá el cuento: están en casa, me gustan, son para salir los días de fiesta, tú sabes, los do-

mingos. No, no me creará, no me cree ni pizca, no es tonta. Pero ya está acostumbrada. Bajo la ducha el agua estará mojando su cuerpo, refrescando sus poros, sacudiendo la mugre de hombres, los recuerdos de la noche, ¿cuántos serían? Miraré en su sitio todas las cosas que odio, la plantita de hojas peludas en el pote de la ventana, los almohadones, olorosos a pie, sobre el sofá rojo agrio. El trono de la reina, el Chase Manhattan horizontal, la fábrica del desorden, las sábanas revueltas, húmedas, mi entrañable pensión aguardando por una nueva muda, la diaria. El osito, regalo mío, lo único que ha recibido de mí, en el respaldo de la cama, colgado como un amuleto, no osito como puede verse sino pata de conejo para la buena suerte, sortilegio mágico, conjuro para atraer clientes.

No me quejo, vivo. Es una pocilga, un asco. No los viejos sillones, inculpables, señalados por garras de ratones minúsculos; no los ceniceros de cobre chileno ahitos de pajas y cenizas; no las copas y los litros de Old Parr a punto de volar; no los sostenes sobre la mesa del comedor, los panties. Mi fotografía, mi cara de mozo en la peinadora, un afeitado más, un descuido, un accidente que me identifica, sí. Provoca náuseas. No los engañará a ellos, les dirá francamente: es mi hijo,

tiene quince años, el retrato de su padre, estudia en la secundaria, hará carrera. Alguno de ellos le dará importancia al asunto, o fingirá y, por dentro, "hijo de la gran". No se da cuenta, la pobre. A esos viejos amantes suyos no les interesa sino la madre, su trabajo, la calidad del producto que pagan. Le digo que me la devuelva y se niega. "Me trae suerte," dice. A su edad la necesita, a su edad.

Clara abrirá la puerta. No está sola ni sucia, no está ebria. El rostro, extrañamente limpio, supura fiesta, mañanita mexicana. Pienso por unos instantes en algo remoto: me equivoqué de casa, de madre, pero no. Clara está más allá, en la risa que reconozco hasta de espaldas, en el osito que tiene entre las manos, despellejándose. Me invita, me hala, insiste. No entiendo todo lo que dice. La niego, en presencia de otra persona la niego, no quiero que me vean, que me reconozcan, con la fotografía basta, por Dios. Madre, no me humilles, te quiero mucho madre, pero eso no, no tienes derecho a mezclarme en tus negocios, madre. Me lleva hasta el centro, apenas puedo sostenerme, la cara me mira directamente desde el sofá, sonrío.

—Saluda a Charlie, hijo.

La mano sube hasta la mía, la garra peluda, las extremidades de orangután albino, blancarosa, aprietan mi asco, mi desdén, el vahido, la agrura átona en el esófago, esta vez. Es la sorpresa, el vaticinio de la abuela: "tu madre espera, anda, tiene una sorpresa para tí, pronto dejará esa vida, apura". La vieja alcahuta, mírala, sabía. Dejará esa vida, ¿por qué? Ella la empujó, seguro, le buscó los primeros hombres, la quebró de nosotros, la separó a este piso donde la veo todos los días cuando vengo por el dinero, desde hace años. Así la conozco, no ahora. Ebria, agotada, siempre. Resulta que se acaba, el gringo viejo bobo peludo se encargará de todo, mira. Está bueno eso. Habrá que ponerle música.

—Vivirá con nosotros, hijo — sí, lo sé, mamá — en un apartamiento más grande, con la abuela, todos juntos, como debe ser. Se buen muchacho, ¿eh?

Buen muchacho, claro Clara, buen muchacho patón, los Florsheim me quedaban apretados, salí de ellos, pues. Ahora tendré papá fulo, ¿te das cuenta? ¿Quién compra un gringo pendejo? Señora, vendo esta escoba importada, estoy limpio, recoge cualquier basura, se lo aseguro yo. *¿Por qué me preguntas eso? No, Julio, no tengo madre, vivo con*

abuela, y tii. Mejor en tu casa, allá nos vemos, la vieja está enferma, gruñe mucho. No, no los engañé, esa no es mi mamá, muchachos. Es una tía, la visito. No es puta, es mi tía. No le crean a Rafa, es un bateón, no le creas nada, Julio. Y ahora esto, mamá y todo. Sí, muchachos, es mi madre. Pero, es mentira eso que dicen, no era. Lo que pasa es que tiene muchos amigos, la visitaban, eso es lo que ocurría. Lo ven, a mi padre, lo ven. Saben que es mentira, sabrán.

—Nos mudamos lejos, mamá, a otro barrio ¿sí?

—Sí, hijo. Lejos.

—Iré a otra escuela.

—¿Por qué?

—No me gusta esa.

—Está bien, como quieras.

Mamá y Charlie están juntos, en el sofá. El habla mal el español, en cámara lenta, baboso. Ella habla un inglés de okey, when you come back, I see you later, in the night, come to my room, put the money on the table, thanks, inglés de oficio, lacónico. Se entienden, sobro. Los deajo, voy a donde abuela, a contarle. ¿Qué cosa? Ella sabía, la muy.

La vieja alcahueta siempre está adelantada, siempre sabe las cosas antes que uno.

Clara abre la puerta, el mismo gesto en el umbral, el olor de cantina, a hombre, las costuras reseca de la baba nocturna, los rostros del manoseo en la papada, la oreja mordida. Es ella, la misma.

—Pasa, hijo — me dice. — Te tengo una sorpresa, te compre otros zapatos.

EL JUEGO

—Juan, Carlos, entren a casa.

Las sombras encajonadas en la planicie anuncian el desplome nocturno sobre el caserío. Las casuchas de adobe enmudecen en el recogimiento, dispersas, asimétricas. Los perros ladran, los caballos relinchan, las cigarras dominan la vasta neblina, el horizonte de ruidos.

Los niños no contestan, juegan el juego de atraparse, montan simulacros de lucha despiadada sobre el escenario del sueño, en la humedad de la tierra.

—Juan, Carlos, ¿están sordos o se hacen los turulatos? Carástele, les voy a hacer entender con el fute, ahora verán. No respondo si me obligan. Para los muchachos tercós Dios Santo.

Los niños se acercan. Los ojos de la tía Paulina, en el umbral, descubren la suciedad reciente en las ropas, en los cuerpecitos magullados por el juego.

—Miren nomás como se han puesto, ¡cochinos! Debería darles una tunda orita mismo.

—No la oíamos títa, lo juramos por ésta.

Los niños saben que la tía Paulina no hará nada de lo que dice. Están acostumbrados a esos desplantes fingidos de mal humor. No responden para no hierla. Entran a la casa gozosos, gritando, persiguiéndose, sacándole el jugo al juego quebrado, inconcluso. La tía les observa obstinada, con la huaricha en las manos, distribuyendo una luz pálida sobre los muebles rústicos, las paredes calcáreas, polvosas, y el túnel de tejas en la altura cubierto de telarañas y mugre. La tierra está cuarteada, de resea, en la estancia, los catres arrimados a la pared, sin estírar, y la tinaja barrigona encaramada sobre un cajón en la puerta que da atrás, al patio. Los niños se desvisten en silencio, comunican alegría sosegada y piensan en las

palabras de la abuela: "si siguen de mal portados los enviaré de regreso a casa, con su mamá, no resisto a los niños picasudos". Les gusta el campo, no quieren regresar tan pronto a la ciudad. La madre les hace falta, la echan de menos, sobre todo en las noches, pero de día es un recuerdo sin matices, suplantado. En la ciudad no tendrán caballos, no tendrán como

moza resbala sobre los hombros, cada inclinación revela la estructura sólida del cuerpo endurecido por la faena del campo, musculoso. El agua brota cristalina, alcanza el nivel alto.

—¿Por qué no jugamos a la vaquita y el ternero?

La voz de la tía es dulce, el tono tranquilo. Acaricia la cabeza revuelta de los niños les aprieta contra su pecho, amorosa.

—Sí tía.

—No lo dirán a nadie, ¿verdad?

—¿Ni a la abuela Rufina?

—A nadie, sino no sirve. Es un juego de los tres. No los regañaré más si guardan el secreto.

—Sí tía.

La tía Paulina desabotona la blusa y suelta los sostenes. Los pezones asoman como soles morenos, duros, alcanzan el nivel de los rostros de Juan y Carlos.

—Miren, soy la mamá vaca. Ustedes son mis terneros.

Los niños perciben la imagen de la vaca en el corral, esa tarde. Entienden el juego, el ternero entre las patas de la vaca, pegado a la

ubre gorda, amamantándose, espantando las moscas con el rabo. Entienden. La vaca muge tierna, los ojos perdidos en el horizonte del establo, rumiando la hierba. Ese es el juego de la tía, fácil, entretenido. Pegados al calor del cuerpo de la vaca ahuyentan el frío de la noche.

La tía muge también, como la vaca.

* * * * *

Los niños retozan, el aire huele a sol, a rocío delgado, a excrementos de gallina, a tortilla horneada y a café recién colado. La abuela prepara el desayuno. Los perros pedigüños se enredan en su pollera blanca. La tía Paulina friega los trastes y mira a sus sobrinos con el rabo del ojo corretear junto al asadero de pepitas, tiznándose.

—Juan, Carlos, aquíéntense o.

Los niños cancelan el retozo y miran a la tía sin pestañear, sin temor. La acorralan en silencio, la vaca al corral, las vacas no pegan a sus terneros, las vacas mastican la hierba mientras el ternero retoza en el potrero. La tía sonrío turbada, en su corral de recuerdos. El juego es el juego. Vuelve la vista a los trastes, impotente. Juan y Carlos bajan correteando por la pendiente de la quebrada.

FUMISTERIA

—¿Conoces a uno que llaman Culf? — preguntó el más flaco de los tres, casi escupiéndole la cara.

Chato imaginó que podía contestar al individuo con un golpe y calibró el peso de la viga de madera echada a sus pies. Hacía ya bastante rato que trataba de localizar una moneda de diez escapada de su bolsillo roto y que, seguramente, había rodado hasta una grieta, debajo de la viga. No percibió la llegada de los individuos hasta que el flaco habló, sacándole de balance.

—Creo que sí — respondió mientras estudiaba con cautelosa indiferencia los tres rostros plantados ante él, agresivos. Trataba de recordarlos de alguna parte. Se veía que eran del ambiente, gente del hijo.

—¿Dónde, mani? — insistió el de la cara cuadrada con una voz de falsete.

Chato se irguió señalando hacia un nudo de barracas de madera descolorida edificado sobre un terreno fangoso y maloliente. Entonces, localizó la moneda.

—Es allá — dijo con la cara iluminada después del rescate. —Es mi amigo, le conozco bien, soy su hombre de confianza, ¿saben?

Trazó con la cabeza el gesto de síganme e inició la marcha hacia las galeras. Saltaron de uno en uno por la parte más angosta la pequeña corriente de desperdicios localizada frente a las barracas y caminaron en fila india por una estrecha vereda en dirección a uno de los cuartuchos del fondo.

Culí, en cuclillas, cerca de la única puerta de la miserable habitación, elaboraba los cilindros. Los cuatro intrusos siguieron ávidos los movimientos del "doctor". Vieron como sacaba de una bolsa de papel la hierba de color pastoso, ya limpia de semillas, separándola

luego en pequeños montoncitos sobre la superficie rectangular de unos papelillos previamente recortados en tamaños no mayores de una y tres pulgadas. Entonces, entre los dedos daba forma a un cilindro deforme, caricaturezco. La operación concluía cuando pasaba la lengua húmeda sobre los bordes del cilindro hasta lograr una adherencia bastante buena. No tomaba ni diez segundos entre cigarrillo y cigarrillo.

—Vaya, manot, eres la madre — dijo uno de los recién llegados.

—El papacito, mejor — dijo Culí apenas levantando la vista mientras volvía a introducir la mano en el cartucho. A juzgar por la cantidad de envoltorios, y el tiempo requerido para terminar cada cigarrillo, era de suponer prolongadas horas de trabajo. La mesa, la cama y ahora el piso estaban atestados de envoltorios cuyo destino rebasaba la venta al detal. Seguramente, se trataba de mercancía de revendedores o destinada a los clientes favorecidos por el sistema de entrega a domicilio.

—Oye doc, no seas tacaño. Echale más verdolaga a esos bates. Ya no se va a podé fumar en este país. Dos pitiaditas y sanseacabó.— agregó el flaco.

—¿Cuánto? — se limitó a responder Culi. Aparentaba unos treinta años y no los tenía. Sobre la piel cobriza destacaba aún más oscuros pequeños brotes de mugre porosa. Sus rasgos eran hindúes. Su progenitor era mandinga.

Uno de los individuos dejó caer unas monedas a los pies de Culi y tomó su parte. Los demás hicieron lo mismo.

—A mí me llaman El Conde. Ese es mi nombre de batalla, tú ve — dijo el flaco. Este es Cara de Concreto y mi otro friend es el Mudo. Somos amigos, ¿no? Podemos meterle aquí mismo, tú sabes, la batida está boba.

—Bueno, pero no armen jaleo — contestó Culi.

Los tres individuos encendieron los cilindros de la llama de una misma cerilla. Inhalaron con avidez, con hambre. Un humo tenue invadió la pequeña habitación. Culi cedió a la tentación y terminó por catar el que tenía entre los dedos. El Chato trataba de hacer notar su presencia; les observaba entrar al mundo-dream, al fabuloso mundo del relax y empezó a sentir el pecho oprimido por la ansiedad. Fumaban en silencio, tratando de no perder ni un ápice del humo, inhalado con los dientes apretados, mordiendo

Unos minutos después el flaco aplaudía frenético. Se apoyó de espaldas a la pared. Tenía los ojos entornados y enrojecidos. El Mudo apoyaba las manos detrás de las orejas, tratando de formar una especie de embudo para perseguir una música inaudible y perfecta. Cara de Concreto permanecía erguido a pesar de que los párpados parecían sucumbir bajo el peso de una tonelada de sueño. Chato contemplaba la escena con inquietud sonriente como si en sus entrañas se estuviesen agitando un millar de ratas. Posaba los ojos suplicantes sobre el rostro impassible de Culi. El "doctor" ya conocía esa mirada pegajosa. No era difícil deducir su fondo interesado, egoísta. Por otro lado, siempre andaba a la caza de clientes nuevos para alcanzar su recompensa. Culi pensaba que unos de esos días iba a meter la pata hasta el cuello llevando a su casa a un policía. Se habían dado esos casos anteriormente. No es que no ayudara al negocio encontrar nuevos consumidores. Al contrario. Pero, para eso se bastaba solo. No necesitaba intermediarios y menos fumones de esa calaña, tipos capaces de acabar con las ganancias. El tal Chato pretendía fumarse un bate por cada cliente que recogía en la calle y eso era demasiado. Una locura ahora, precisamente, cuando la materia prima escaseaba.

--Ta bueno Chato, deja de velá. Agarra tu brisa — dijo Culi entre dientes.

Chato le miró estupefacto, incrédulo. Se sintió observado por los extraños y las sonrisas alargándose como culebras a sus espaldas. Deshizo el camino andado. Eructó agrio. De pronto estaba solo, *sin nada en las manos, sin un amigo*. Cuando vio la viga cruzada en mitad del camino recordó la moneda. Hurgó en los bolsillos y ya no estaba. Había rodado quien sabe dónde.

PECCATA MINUTA

La Chana llegó tambaleante hasta el punto desde donde era imposible avanzar sin irse rodando al fondo, poco profundo pero pestilente. Logró alcanzar la otra orilla. No pudo, sin embargo, mantener el equilibrio y dio de nalgas contra el suelo. La vecindad intuyó el móvil de una buena fiesta matutina y luego luego, sin que mediaran acuerdos previos formó grupos compactos, manojos de risas y cu-chicheos, en torno a la mujer que trataba cómicamente de volver a una posición vertical y, al mismo tiempo, de no rodar por la pequeña cuesta hasta las aguas negras y agusanadas. La

vocinglería adquirió la textura de una noche de fuegos artificiales. Mantecas quiso ayudar; extendió las manos al frente y como el gesto resultó demasiado simple e ineficaz procedió en forma definitiva introduciendo ambos brazos entre las axilas de la mujer, levantándola.

La Chana abandonó la escena gritando. Los vecinos un poco frustrados por el desenlace repentino de los acontecimientos, abundaron en detalles y, poco a poco, también desaparecieron; Mantecas, Chato y Culi (quien apareció de último y pedía detalles) cruzaron miradas significativas y aguardaron a que todos se fueran del lugar.

Por qué no la — insinuó Mantecas un poco excitado después de haber entrado en contacto con la Chana y de haber respirado la mezcla de perfumes y sudor agrio de sus sobaqueras, y de haberla restregado por detrás en forma oportunista mientras estuvo ayudándola a levantarse del suelo.

—No hagas leña del árbol caído — sentenció Culi maliciosamente.

—Te conozco, araña. Lo que pasa es que quieres comé solo. ¡Berraco! — dijo Chato.

—Vamos a vela por el lao de atrás — indicó Mantecas.

La Chana entró a su cuarto dando traspiés, mascullando entre dientes. No era su costumbre amanecer en la calle. Pero, ese día, sin tener nada especial, prefirió alargar la parranda con un negro que pelaba gallinas en el Mercado Público y que conoció en la calle de la misma manera en que conoció a todos sus amigos desde que se iniciara en el negocio de la prostitución clandestina. El negro se mostró generoso con ella y esa era una de las cosas que le llegaban al alma. En esos estados de sensiblería traicionaba sus principios y el arrepentimiento llegaba cuando todo estaba perdido. Recuerda la madrugada del velorio de la hija de la Pico de Loro. Llegó del trabajo y se encontró con eso y no había ni para el café. Así que decidió entregarle a Pico de Loro el producto íntegro de su esfuerzo nocturno a pesar de que sabía muy bien de las habladurías que auspiciaba en el vecindario. Ese desprendimiento la hizo sentirse superior. En realidad, no era mucho: unos cinco dólares bien ganados que sirvieron para comprar unas tablas para el cajón. De esas cosas era capaz. La Pico de Loro no por eso dejó de chismear a sus espaldas, la muy. En esta ocasión, no se trataba de un difunto que Dios tenga en su Santa Gloria sino de un hombre, negro por añadidura. Había sido generoso y bueno co-

mo un perrito de esos que andan husmeando en los tinacos a la buena de Dios. No quiso engañarlo. No lo arrastró al hotel más cercano. Prefirió acompañarlo en la barra hasta la salida del sol, chupando como en los buenos tiempos de la guerra. Esa era sencilla y llanamente la explicación de la borrachera de esa mañana: el encuentro con un hombre legal.

Pasó el picaporte y se despojó como pudo de las ropas. Presentía el día padre que iba a pasar con tanto alcohol entre pecho y espalda, con jaqueca y con el calor húmedo apuntalando la penumbra del cuarto. Se dejó caer en bombachas sobre el viejo camastro sin molestarse en sacudir las sábanas averaguadas y curtidas como tierra seca.

Los tres amigos lograron escurrirse sin testigos por la parte de atrás de la barraca de vecindad, por el lado cubierto de malezas. Estuvieron rescabuchando a la Chana desde diversos ángulos a través de grietas no disimuladas en las paredes de madera. La carne fofa, envejecida, maltratada por los años, el abuso y los bienes corporales que dispensó sin discriminaciones de ninguna naturaleza, se estiraba sobre las sábanas mugrosas. El derrumbe de carnes y la falta de simetrías obligaban a pensar en la ausencia de días mejores; porque para

llegar a esos estados de postración casi absolutos era y es menester un maltrato sin tregua desde el bendito día del santo nacimiento. La piel curtida, amarillenta, veteada; los senos flácidos apuntando en dirección de las axilas testimoniaban hambres, goces diabólicos, maternidades frustadas, vicios y enfermedades de todo tipo y categoría.

Trabajar en la Rampla no era cosa fácil. Siempre se descoñaba una batida el día menos pensado. Aunque a veces se daban buenas épocas, sobre todo en tiempos de cosecha, y entonces se trabajaba a todo tren y se aprovechaba el auge y era cuestión de equiparse de algunas cosas para los días difíciles. Entonces era sensato adquirir alguna ropa interior, afeites más caros, colonias y perfumes fuera de lo corriente; y si la época resultaba no sólo buena sino de película, se podía hacer el abono inicial para una nueva cama, un televisor y hasta se podía pagar una buena consulta médica y un chequeo de sangre por sí las moscas. Esas épocas escaseaban para la Chana y sus clientes eran siempre los mismos: alcohólicos, pescadores por alguna razón desconocida cubiertos de paño blanco, carretilleros, vagos, marihuaneros y, de cuando en vez, un campesino recién incorporado a la urbe o algún estudiante de secundaria tratando de iniciarse y, en fin, todo

el que estuviera dispuesto a desprenderse de una pequeña suma. La Chana no era mujer de despreciar a un cliente sólo porque careciera de la totalidad del monto de la tarifa. Era cuestión de ajustar precios. Por eso tenía mala fama hasta dentro del gremio.

Chato se introdujo por la ventana lateral. Esperó alguna reacción de la borracha y luego la despojó cuidadosamente de la bombacha. Los otros también entraron. Algunos objetos cayeron al suelo al saltar Culfí. A pesar del ruido y del manoseo de las seis extremidades y la disputa por el primer turno, la Chana mantuvo la serenidad del sueño y se dejaba hacer y deshacer como una estatua de mármol. Chato, a pesar de iniciar el asalto, ocupó el último turno y soportó estoicamente, como un verdadero hombre, las humedades pegajosas de sus predecesores porque no era cuestión de obligar a la bella durmiente a un lavado en toda regla.

—Los últimos siempre son los primeros, Chato — dijo Culfí.

Mantecas marcó la retirada. Entreabrió la puerta ligeramente y, como no había nadie a la vista, salió seguido de los otros.

La Chana despegó los párpados, se limpió como pudo con la punta de las sábanas y tra-

tó de cambiar la posición del cuerpo ya entumecido y acalambrado.

Pensó entonces en el hombre que había sido bueno con ella, el negro pelador de gallinas capaz de pasar sus manos agrietadas sobre sus mejillas y de decirle un piropo sano. Ella le pagó también con una buena moneda. Claro. No lo llevó al hotel para no enfermarle. No era justo después de todo.

UN NIÑO COMO OTRO

Lo confieso, nunca llegó a gustarme esa peculiar manera de mirarme, de mirar las cosas desde arriba como restándole valor, posibilidad de existencia para algo. Ahora es distinto. Estoy en sus manos y siento los dedos duros, las yemas estrujando esta piel mía, esta epidermis plástica. En esta situación entiendo mejor la causa del miedo, del temor creciente, cuando apenas era objeto de su curiosidad y no — como ahora — piel tomada, poseída. Bien sé lo que hizo a los otros, a ellos. A veces resultaba difícil mirarlo desde abajo, percibir sus espaldas un poco detrás de

los barrotes de la cuna, imaginar el sentido exacto de sus gestos interminablemente iguales, saber lo que hacía cuando la madre lo alejaba del seno o le cambiaba los trapitos húmedos y malolientes. Aunque, a veces, era posible enterarse sin mayor dificultad por lo que dejaba caer desde arriba al suelo, y luego trataba de alcanzar agitando las manos inútilmente y emitiendo alaridos hasta que Ella entraba. ¿Qué fuerza lo empuja hacia esos raptos homicida? Nunca pude explicarme la razón que tuvo para arrancar las orejas al elefante de madera tan bien diseñado, tan perfecto. Y lo que hizo con el camello, también. Eran inocentes, nada podían contra El, no podían enfrentársele y, ni siquiera, resistir, oponerse al acto de destrucción. José trataba de restaurar en el taller de carpintería las viejas formas, ensamblar las piezas destruídas. Pero, su acto no estaba guiado por ningún afán de perfección y sólo pretendía salir del paso, prolongar un poco más la agonía.

Lo veía destruir todo lo que iba a sus manos y por ello deduje que tarde o temprano llegaría mi turno; indefectiblemente sucumbiría. Ese presentimiento cobraba mayor fuerza cuando sus ojos, de una singular belleza redonda, desgajaban una ternura pegajosa sobre

cada una de mis articulaciones y ensambladuras. Ahora estoy en sus manos y lo primero que hace es exactamente lo que imaginé: separa mi brazo derecho de un tirón. La examina, prueba su resistencia, clava en mi materia los pequeños dientes apenas asomados en las encías y lo arroja lejos, contra la pared. Sostiene mi tronco bajo la planta de los pies y desgaja mi otra extremidad, y sigue.

Esta mañana despertó muy animoso. María lo bajó de la cuna, todo embarrado de pupú, lo dejó trastear en el suelo, gatear sobre la tierra roja, reseca. Antes de reptar hasta donde me encontraba descubrió dos hormigas gigantes, dos arrieras. Las empujó una contra la otra, las obligó a trenzarse por las extremidades, a luchar entre sí, a muerte. Entonces, cuando empezaba a fastidiarse, me vió.

Observa mi extremidad desgajada con ojos anhelantes, bellos. La deposita a un lado, muy suavemente, como si después del tirón temiera infringirle un daño peor, más destructivo. Mis piernas siguen en turno, las arranca, las contempla un buen rato y luego las arroja lejos, sin preocuparse demasiado por la elíptica descrita y la minúscula polvareda que levantan cuando se estrellan contra el suelo. A José le será difícil unir mis partes, volver a juntar

brazos y piernas al tronco si no tiene tacos finos, disimular los descascarillamientos de la pintura con un poco de saliva y lodo. Lo de las orejas del elefante apenas si pudo remediarlo con pegamento. El camello no tuvo compostura, era demasiado frágil, casi mortal. De todos modos, el pobre José intentará reconstruirlo en el taller. Es un hombre de buen corazón y agradecido; no puede mirar con indiferencia el aniquilamiento de una dádiva, de un regalo.

Separa, ya sin dificultad, mi cabeza y esboza una larga sonrisa satisfecha mientras indaga con un dedo en uno de los orificios del tronco humanoide. María empuja la puerta y entra; mira las manos del niño y comprende. Deposita la tinaja sobre la mesa rústica y lo toma en brazos, le besa.

—Dame, Jesús — le dice. — Papá José lo arreglará.

El niño suelta las piezas y rompe a llorar.

KNOCKOUT

PRIMER ASALTO. Ahí está la campana. "Calma, calma", eso dijo. Es verdad, sin apuro, primero el jab y ver lo que trae, lento, lentamente, descifrar su estilo, no es tan difícil, no tanto. Se enrosca como una culebra, las manos adelante, juntas, se piensa impenetrable el puto. Epa, epa, ojo a la derecha, si me lo dijo. Además, todos lo dicen: "tiene una derecha de miedo, la suelta por encima del hombro". Mejor resulta mantener la distancia, mucho mejor. Japearlo así, de seguido, así de lejos, sin coger chance. Oh, también japea sobre mi ojo, cabroncito. Pero no es nada,

rutina; sólo su derecha me preocupa porque la suelta sin aviso, como dicen, sólida, de verdad. Buen golpe el suyo y el mío también, de uper. Me sorprendió. *Mamá, mira mi velocidad, en la punta de los pies, ¿te fijaste? Seré bueno, un Sugar Ray Robinson, mamá. ¿Te gusta?, un Joe Lois, ¿ves? No mamá, déjame, la mecánica no da plata, te lo digo. ¿Sastre? Estás loca, eso es para mujeres. ¡Co-*

cia adelante y hacia atrás, no es baile, niño. *¿Eso es lo que me toca? ¿Esa es mi parte? No, no me conformo. ¿Para qué voy a ver los libros? No entiendo nada. No me diga eso, no me diga campeón, no adule. Claro que gana bastante. Es mentira, en publicidad no se gasta ni una mierda, lo sé. Los sparring cobran una miseria. Trabajan gratis, coño. ¿Viáticos? Use su propia plata, tiene un buen porcentaje. No use la mía, me deja en la calle. Eso no está en el contrato. Claro, sé leer. Esa parte la agregé después, me acuerdo, cuando le pedí un adelanto. ¿Cómo voy a quejarme a la Comisión si todos son sus amigos? Tiene huevo. No se está quieto, no deja de moverse, de bailar. Mejor lo llevo a las cuerdas, así. Coge esa, campeoncito. Suelta. Arbitro, mire nomás como cabecea. Suelta. ¿Cómo dices? ¿De gancho? Pero, si no se deja. Escurridizo el puto, como jabón. No insultes; sube, acá arriba las cosas son distintas. Yo soy el que se faja, el que aguanta los golpes. No haga publicidad, pues. Despida a los entrenadores, no los necesito. De ahora en adelante, nada de taxis. Deme lo que va a darme y punto. Eso, ni para la semana, le digo. Campeoncito, estás enamorado de mi hígado. Vaya, metes bien el bolo, lo metes bien, a la descuidada. Un dos, buena combinación, lo vieron, de one two; oíste mamá, no*

apagues la radio. Lo soné Margara, en pleno carón, ¿qué se ha creído? Coño, me pilló. Vaya, otra vez. Espera, campeoncito, me cabreas.

INTERMEDIO. Pero, si no me zurra nada, loco. Claro, como tú mismo dices, lo busco adentro, en el cuerpo a cuerpo, acorto la distancia, subo las manos así, así, ¿lo ves?, bloqueando y adentro, siempre. Te equivocas, no es ningún congo, no se crece a mi costilla, te juro. No ves nada. Cambia esa toalla, raspa de sucia. No he dejado de seguir esa derecha, no la pierdo de vista. ¿La derecha? Que la suelte, pues. A ver si puede. Ya salgo, ya.

TERCER ASALTO. Está bueno con el público; cabrean con eso de arriba Bebi, la derecha Bebi, el boloponch Bebi, mávalo. ¿Yo, cobarde? No le tengo miedo, carajo. ¿Tú plata? La madre que te parió, hombre. Ahora sí, con ambas manos. Y dale con el acábalo, como si fuera fácil, soquete. Ven acá, como si me fajara con un paquete. Es duro sostenerse cuando le han zurrado a uno en la quijada, de veras. Es mejor amarrarse, empujarlo a las cuerdas, así. Clinch, brother, ven acá, espera un poco, no sueltes. Aire, manito. Campeón, dame tiempo, ¿no? Un minuto, te haré ver a tu abuela, hediondo; ¿No quieres ver a tu abuelira? Sube la mano, coño. Conque de nue-

vo el uper, y el gancho. ¿Cómo lo hace? Tanta bulla por tan poca cosa; lo ven, mi derecha es buena, vaya si lo vieron, clarito, en toda la face. Hey, golpe bajo. Arbitro, así no. Ojo buaicito, estás vendido, oblígalo a subir las manos, no respondo. ¿Cómo dices? ¿Abajo y arriba? ¿Quién lo entiende? Estás gufi, deja las señas a un lado, chico, sólo tengo dos manos, ajo. Vaya, la campana.

INTERMEDIO. Ya no es como antes, viejo. Masájame la espalda, duro. Antes, ayer no mas, era joven, había que ver. ¿Te acuerdas? *Gancho abajo, la misma mano arriba, de sorpresa, a la cara, en la punta de los pies. De lo que traes llevas, manito. Sangre, entonces a buscarlo. Eso, por todo el ring, para el decisivo. Todo bien pensado, con la derecha, sin miedo, como tiene que ser. Al suelo. Uno, dos, tres, vaya. Hasta diez, hasta cien, la mano arriba, los aplausos. ¿Cómo? Ah, si, la campana.*

CUARTO ASALTO. Vamos campeoncito, aporrea; eso, eso. *No mijo, yo no quiero que seas boxeador. ¿Zurraste a Betito? No lo vuelvas a hacer, es tu amiguito. Coge ese nickel y cómprate un cuaderno. Mira mi cara, está fea, corlada, ñata. Anda, ve a la escuela. No, no irás al gimnasio, mejor estudia, busca profesión,*

mijo, buen swing, estudia mecánica, aguanta brother, o sastrería, aguanta esa mano, campeoncito, te rinde más cuenta, porque me falta aire, te lo digo yo, mijo, la experiencia, aire la plata es para otros, apoderados, entrenadores, queridas, tú sabes. Deja ese jab pendejo, mosca, te zurren de lo lindo, quita, y ellos cobran toda la plata, toman tragos, salen con mujeres, hasta cuándo campeoncito, hasta cuándo.

INTERMEDIO. ¿Cómo voy a salir de las cuerdas? Aparta ese amoníaco, coño. Un golpe, sí, lo sé. No lo repitas. Un sólo golpe, sino estoy frito, ¿verdad? No me importa un carajo con mister White, que se muera de rabia, ojalá. Mentira, no ha invertido un coño. No hombre, no estoy dormido. Dame el protector. No seas cabrón, tiras las toallas y te mato. Te mato, lo oyes, que si qué.

QUINTO ASALTO. Mierda, me dio duro. La metió por arriba, la derecha, ya lo decía. No te suelto, vergajo. Piensas que voy a dejarme caer. *No quiero estudiar eso, sastrería.* Como tires la toalla, te mato, *mirón mirón*, pronto me levanto, *estudia mecánica mijo*, me levanto, ves, *no gaste en publicidad, mister White.* ¿Por dónde va la cuenta? ¿Cuatro? Huele raro aquí. *Si, Margara, estás preñada; le pondrás Pedro y no será boxeador.* ¿Seis?

Pellín, tome el purgante. Ajá, siete, ya me levanto. Pellín, los hombres no juegan con muñecas. ¿Ocho?, ya, ya. Te compré un carrito mijo, de cuerda. Puta, nueve; cuentas muy rápido, cabrón. ¿Diez? Te hice un hijo, Margarita, te preñé. ¿Qué me levante? No me digas pendejo, no.

DOS JUNTOS SEPARADOS

Sintió el impacto sobre la sien y se desplomó. El vaho de la tierra húmeda y las hojas podridas llenó sus pulmones antes de perder el sentido. *Se inclina en lo más alto de la cuesta. Mira a todos abajo, al final, azuzándole con las manos: a Carlos con los brazos cruzados sobre el pecho y, aunque no puede distinguirlo bien, sabe que sonríe, imagina sus crispaduras de gozo y la jactancia. Antes de intentar el descenso calcula la distancia y la inclinación de la cuesta. Es demasiado peligroso y piensa que mejor sería arrepentirse, romper la apuesta. De todas maneras Celeste lo pre-*

fiere sin necesidad de arriesgarse, de darle gusto a Carlos. Mantiene un pie en la tierra y otro en el pedal, inmóvil. Cierra los ojos invocando al Dios automático, subconciente. La vieja bicicleta no tiene frenos y un neumático está desinflado y la inclinación es demasiado violenta. Gira el timón a la derecha, sin pedalear, deteniendo su propio impulso, la caída. Luego, a la izquierda, bordeando la cuneta, siguiendo el plan trazado de antemano: deshacer los niveles en zig zag, descender en espiral, pedalear hacia arriba y hacia los bordes de la carretera recién asfaltada y sin aceras. Palidece cuando las ruedas salen de control y empiezan a perseguirle. Descubre la inutilidad de aplicar frenos imaginarios o la punta del zapato en la rueda delantera. Comprende que no puede volver a la espiral, a esa velocidad caería de lado. Se aferra al timón. El pavimento gira cruzado de líneas veloces. Siente el calor de la sangre en las mejillas; la vergüenza, no el miedo. Mira a todos apartarse, la mueca de Celeste, el gesto irónico de Carlos, el espanto de los otros. Se desploma, los gritos, el parloteo de los obuses, los simétricos aplausos de las ametralladoras terminaron por extinguirse. John trató de descorrer la noche aplastada contra su cara y, cuando finalmente pudo entreabrir los ojos, a pesar de la tierra y la paja,

en forma automática se llevó la mano a la frente para tocar el dolor y entonces tocó la sangre y luego los labios de la herida. Volvió el cuerpo hacia el cielo, estiró los brazos en todas direcciones, tratando de alcanzar la vieja bicicleta en alguna parte, y sus dedos se aferraron al M1. Abrió los ojos y donde pensó estaba Celeste localizó al enemigo.

— 2 —

Avanzó como una gacela entre la maleza y los arbustos. Ni los insectos (abundantes en la región) ni el filo de la hierba agresiva y lanceolada parecía afectar seriamente la piel pálida del guerrillero, apenas enfundado en unos pantalones antiguamente blancos y en unas plantillas elaboradas rústicamente con el neumático de algún vehículo destruído. Estuvo a prudente distancia observando los cadáveres dispersos. Los había emboscado y tenía todo el tiempo del mundo para hacer un registro minucioso mientras el resto de los guerrilleros avanzaba hacia un nuevo puesto de observación. Cuando estuvo muy cerca pudo observar el movimiento del soldado aferrándose con angustia al M1 y, entonces, corrió. *Está inclinado sobre el surco; la tierra preñada y*

pantanosa sostiene las espigas cuajadas. Sus manos sabedoras del oficio, bajo la sombra magnífica del sombrero de paja, seleccionan, distribuyen el alimento en las cestas. También otras manos a poca distancia, más viejas y más jóvenes y más ágiles y más torpes, cubriendo distancias doradas de racimos, repiten los gestos de la cosecha en una danza de siglos. Ahora se sienten los motores. Algunos levantan las cabezas. Otros tratan de arrancar la espiga más cercana. El miedo que palpita duro bajo las costillas los empuja hacia los refugios improvisados en la tierra. Las bombas empiezan a caer. Las llamas se extienden y el arroz se dobla por el espinazo. Los alaridos suben hasta el cielo envueltos en humo y plegarias. El aire está encendido, arde en silencio, quema la piel como un fuego invisible; se siente y no se ve, y se riega sobre la cosecha y los cuerpos humanos. No suelta lo que toca y la carne y la tierra y las espigas alcanzan una dimensión de agonía mucho más honda que la muerte. Alguien grita: napalm. Entonces comprende y por enésima vez el miedo le oprime el pecho. Sale del refugio, corre, lleva en los oídos tantas quejas y dolor gritando que gruesas lágrimas hielan su rostro quemado. Regresa. Contempla la noche y el miedo en los rostros de su gente, la ceniza blanca y volátil sobre los

escombros de las chozas y una soledad como no ha visto otra en su vida cubre los antiguos arrozales y algunos arbustos deshojados como fantasmas bajo la mirada perdida de los niños semidesnudos y silenciosos, bajo la luz de una luna inmóvil en el cielo como un Dios. La cosecha está perdida. La tierra está muerta y los amigos están muertos. Corrió hacia él y con el pie, enfundado en la extraña plantilla de neumático, contuvo el gesto ambiguo, impreciso del extranjero colocándolo, con rudeza, sobre la culata del M1.

— 3 —

Do Kien apoyó el índice sobre el gatillo, mantuvo el cañón apuntando hacia el estómago del soldado como para enfatizar algo que saltaba a la vista y que no era otra cosa que "te tengo a mi merced y cualquier cosa será definitiva". Con la punta de los dedos, que sobresalían ridículamente de las plantillas de neumáticos, arrojó el M1 a unos pocos metros del soldado que, entre otras cosas, no sabía si levantar las manos, arrodillarse y rogar por su vida o tratar de sorprender al enemigo. *Se inclinó es un renacuajo puedo ponerlo fuera de combate de una bofetada le retorcería el*

cuello como a una gallina oh Dios si pudiera echarle mano y puso una rodilla en tierra. Con un movimiento del arma y la cabeza al mismo tiempo le indicó se pusiera en pie. El soldado alcanzó una postura vertical. Apretando el arma contra el hombre se echó hacia atrás *si se le ocurre atacarme tendré que disparar varias veces es demasiado grande me gustaría llevarlo vivo a la aldea y que todos lo vieran de cerca y lo escupieran* y adoptó, a pesar de poseer el arma, una actitud defensiva. John recogió el casco de acero y después de colocar el pañuelo sobre la herida lo ajustó con las correas corredizas a la barbilla. Distinguió el cadáver de Peter, bocabajo, la cara enterrada en una especie de lodo que se había formado de su propia sangre y la tierra. Joseph, contra el tronco de un árbol, en actitud de dormir la siesta, exhibía dos orificios sobre las sienes y una desgarradura un poco inexplicable sobre el maxilar inferior poniendo en evidencia los molares. El resto yacía en forma natural a su nueva condición de cadáveres poseídos por la violencia: bocas abiertas, músculos crispados, ojos fuera de órbita *gracias al cielo oh gracias a Dios por permitirme seguir vivo pudo ser peor tan sólo soy un prisionero aún puedo salvarme los otros*

no tienen esperanza no tienen esperanza no tienen esperanza.

Empezó a caminar adelante y sabía que un ojo de mirada única y larga y un hombrecillo insignificante, sin botas, una caricatura amarilla, un renacuajo de ojillos hambrientos, semidesnudo y tal vez analfabeto, seguían atrás con bastante odio como para aburrirse e intentar un punto final a la obra iniciada con Peter y los otros y *la madre pálida de antemano, llorosa, en el umbral de la casa y Celeste y los niños detrás, como en ascuas, mientras el cabo hace entrega formal del pésame y la medalla y del: murió en cumplimiento del deber y por la democracia y, más allá, en el parque, muchos niños que serán futuros soldados y algunos ancianos ya veteranos y sobrevivientes de guerra aprovechan la primavera para disfrutar a sus anchas* un escalofrío le recorrió la espina dorsal hasta el ano cuando el ojo de mirada única le hurgó bajo las costillas. Se percató de la humedad de la guerrera adherida a la piel. La noche se aproximaba *no debo correr ningún riesgo al comisario le daría mucho gusto tener un prisionero pero si intenta algo lo mato se trata de su vida o la mía es tan grande que tendría que disparar muchas veces y la aldea se perfiló al final de la planicie.* John divisó a lo lejos las pequeñas cho-

zas de bambú parece extraño que nadie haya intentado un rescate debió venir un helicóptero o una nueva patrulla e intentó una maniobra desesperada: trastabilló falsamente y se viró sobre el eje del tronco logrando asir el cañón del arma que lo apuntaba, pero no pudo desviarlo a tiempo y el enemigo, con los ojos espantosamente abiertos, presionó el gatillo varias veces. El soldado sintió el ruido más que dolor de los impactos sobre el pecho y se dobló lentamente como el tronco de una mata de arroz bajo el peso de las espigas maduras. Do Kien lo contempló mientras se doblaba *lástima lo quería vivo lo quería vivo* y luego se dirigió a la aldea sin volver el rostro.